
Filosofía del deporte

PID_00247052

Guillem Turró Ortega

Guillem Turró Ortega

Índice

Introducción	5
Objetivos	9
1. El paradigma griego	11
2. El paradigma neolímpico	15
3. <i>Homo axiologicus</i>	21
4. Una posible axiología deportiva	24
4.1. Introducción	24
4.2. Espíritu competitivo	24
4.3. Espíritu lúdico	25
4.4. Coraje	25
4.5. Esfuerzo	26
4.6. Perseverancia	26
4.7. Disciplina	27
4.8. Salud física	28
4.9. Salud psíquica	28
4.10. Alegría	29
4.11. Humildad	30
4.12. Confianza	30
4.13. Cooperación	31
4.14. Justicia	32
4.15. Autocontrol	33
5. Reflexiones conclusivas	34
Bibliografía	41

Introducción

Son pocos los filósofos que han valorado el deporte en su justa medida. Uno de ellos fue José Ortega y Gasset. De hecho, el divorcio entre la teoría y el deporte ha sido uno de los distintivos de nuestra civilización. Quizás ello esté relacionado con una tradición occidental muy marcada por el dualismo, el racionalismo y el idealismo, unas tendencias filosóficas (y, por tanto, pedagógicas) que han postergado y silenciado nuestra dimensión corporal. Demasiado a menudo ocurre que los estudiosos pasan de largo ante el deporte, al mismo tiempo que sus protagonistas no reflexionan sobre su actividad. La verdad es que no es fácil encontrar intelectuales en el mundo del deporte y deportistas entre los intelectuales. Como dijo Pasolini:

«Los deportistas están poco cultivados, y los hombres cultivados son poco deportistas. Yo soy una excepción».

Resulta bastante claro que vivimos en una sociedad que no invita demasiado a la meditación filosófica. Son muchas las personas que están demasiado ocupadas en sus quehaceres cotidianos para detenerse y plantearse determinadas preguntas. Lamentablemente, abundan las ideas equivocadas sobre el valor y el sentido de la filosofía. Con cierta frecuencia se asocia a tópicos desafortunados: improductiva, aburrida, etérea, rebuscada, desconcertante, intempestiva. Podemos asegurar que muchos de los que nos dedicamos al menester filosófico hemos sido inquiridos por la utilidad de nuestra profesión. Seguramente hemos compartido una sensación de incomodidad cuando alguien nos ha interpelado por la función de nuestra ocupación. En varios sentidos, no corren buenos tiempos para la filosofía.

Desde Sócrates, sabemos que uno de los propósitos de la filosofía es sopesar con rigor nuestras creencias, clarificar los principios rectores de nuestro comportamiento. Muchos siglos después, Nagel escribía que la primera tarea de la filosofía es cuestionar y aclarar con detenimiento algunas ideas muy comunes que todos usamos sin razonar sobre ellas (Nagel). Por ejemplo, algunas nociones morales sin las cuales la vida no sería digna de ser vivida. Nos referimos a la felicidad, la libertad, la responsabilidad, la justicia, la solidaridad o el bien. La filosofía nos enseña a tomar conciencia del carácter problemático de la sociedad, a repensar el mundo donde desarrollamos nuestra vida. También consiste en mirar la realidad con una perspectiva radical y sinóptica, en preguntarnos por las cosas más allá de lo que se supone que son. El discernimiento lúcido es uno de los frutos de la mayoría de edad intelectual. Cuanto más vulgar es un ser humano, menos enigmático le resulta todo.

Los antiguos nos enseñaron que toda existencia genuinamente humana es bidimensional, que abraza la *vita contemplativa* y la *vita activa*. Nuestra actuación será apropiada gracias a una conciencia lúcida. La mejor forma de no errar

Referencia bibliográfica

Nagel, T. *Quin sentit té tot ple-gat? Brevíssima introducció a la filosofia* (pág.10).

es mediante una dilucidación sustentada en principios antropológicos y éticos. Desde sus orígenes griegos, la filosofía ha intentado revelar la senda de la vida buena. También nos ayuda a comprender el mundo donde vivimos, a tomar decisiones rectas, responsables y libres, a involucrarnos a favor de una sociedad más justa, solidaria y humana. Necesitamos razonar para saber cómo debemos vivir y convivir. El pensamiento filosófico es una invitación a mejorar nuestra existencia. Se trata de ser inteligente de acuerdo con la etimología de esta palabra: saber escoger entre diferentes opciones (*inter-legere*). La vida buena también consiste en reflexionar y actuar en coherencia con nuestras decisiones. Como nos dijo Aristóteles, el *anthropos* es una inteligencia deseosa que aspira a la felicidad.

En contra de una opinión muy difundida, lo más idóneo es distinguir entre ética y moral. La primera es aquella rama de la filosofía que aborda la condición moral desde una óptica racional. Kant afirmó que uno de los grandes interrogantes filosóficos era *¿Qué debo hacer?* Ser humano es mantenerse en la tensión entre el ser y el deber ser. Podemos entender la ética como una reflexión para evaluar porqué debemos actuar correctamente. También es un saber que ilumina los fines últimos de la vida, que nos guía en el camino de la justicia y la felicidad. Gracias a la ética nuestras acciones podrán sustentarse en valores loables. Su misión es dotarnos de puntos de referencia con el fin de dirigir nuestro comportamiento. Mientras que la moral estipula las reglas que debemos aplicar en un espacio social particular, la ética es una disciplina que explora los principios e ideas que estructuran, sistematizan y fundamentan la moral. El objetivo de la ética es determinar desde un plano teórico la bondad de nuestras acciones. Están en lo cierto aquellos que identifican la ética con la filosofía moral. En esta misma línea, Aranguren estableció la distinción entre moral vivida y moral pensada.

El origen de la palabra *ética* es el griego *ethos*, cuyo primer significado remite al hábitat o lugar donde vivía una familia. De aquí derivó en *carácter* o *costumbre*, manera de ser o hábitos de una persona. Nuestro carácter está muy vinculado con el lugar donde hemos nacido y crecido como personas. De hecho, aquello que es exterior nos forma interiormente, configurándonos y habituándonos en un determinado sentido. El ser humano es un animal que deviene moral gracias, también, al tipo de ambiente en el cual se ha criado. Recordemos que *morada* sigue siendo el sitio donde se habita y que nuestro cometido moral consiste en la adquisición de una manera de ser. De hecho, la palabra *moral* proviene del latín *mos/moris*, que traducimos por 'costumbre' y 'carácter'. Citemos a Cortina:

«Labrarse un buen carácter, un buen *ethos*, es lo más inteligente que puede hacer una persona para aumentar sus posibilidades de llevar a cabo una vida buena, feliz».

Cortina, A. *¿Para qué sirve realmente...? La ética* (pág. 45).

Nuestra condición estructural nos impele a devenir seres morales. Las personas somos capaces de asumir como propias nuestras acciones. Depende del bien querer y bien hacer que la vida humana se conduzca rectamente. El camino de la virtud pasa irremediamente por la capacidad de preferir correctamente. Cuando lo conseguimos, provocamos los elogios de otros. Si fracasamos, merecemos su amonestación, vituperio o castigo. Aristóteles nos dijo que la ética nos permite forjar el carácter o conjunto integrado de las virtudes. A copia de repetir actos en un mismo sentido, adquiriremos hábitos buenos que sedimentarán en forma de personalidad moral. Está en nuestras manos apropiarnos de un carácter que nos permita obrar según la virtud. Recordemos la significación que el Estagirita otorgaba a esta noción: una tendencia a actuar de una forma determinada. Estos hábitos operativos buenos recibían el nombre de *areté*, vocablo griego que significa 'excelencia', 'perfección' o 'mérito'. Los latinos tradujeron esta palabra por *virtus* ('valentía', 'fortaleza', 'fuerza', 'virtud'). Bastantes siglos más tarde, Spinoza identificará la virtud con la potencia (*conatus*).

El binomio filosofía-deporte puede suscitar perplejidad. Podría pensarse que se trata de dos áreas que no presentan ninguna conexión. Pero la ética del deporte es una rama de la filosofía moral y, más particularmente, de la ética aplicada. Como dice López Frías, nace a partir de un proceso mucho más amplio dentro de la filosofía del siglo XX: el surgimiento y desarrollo de las éticas aplicadas. Estas aparecieron debido a que la realidad social necesitaba la intervención de una filosofía práctica y hermenéutica (López). De hecho, debemos exigirle a la filosofía que preste atención a diversos problemas humanos. Esto supone la aplicación de ideas generales en las prácticas e instituciones sociales. La ética tiene tres misiones: 1) **aclara**r qué es la moral; 2) **fundamentar** la moral, y 3) **aplicar** a los distintos ámbitos de la vida social los resultados de las dos primeras. Esta tercera función compete a las *éticas aplicadas* o *éticas especiales*. Estas deberán iluminar cuáles son los bienes internos que cada una de estas actividades debe proporcionar a la sociedad, qué metas deben perseguir y qué valores y hábitos necesitan incorporar para alcanzarlas (Cortina).

La filosofía no puede ser un divertimento especulativo que trata de desatar nudos gordianos. La filosofía debe ser mucho más que una divagación superflua en torno a asuntos inextricables. Tiene que aspirar a ser una reflexión de gran utilidad humana, social y profesional. Entre sus misiones está dotarnos de herramientas para dirimir los interrogantes que suscita el mundo del deporte. También, suministrar principios valorativos para abordar los problemas morales del deporte. Pensamos con el fin de obtener una concepción del deporte penetrante, consistente y equilibrada. Solamente si partimos de una crítica atinada podremos aspirar a una buena praxis deportiva. Criticar consiste en desempeñar nuestra capacidad de juzgar o discernir, interpretar y aprehender el valor de las cosas a partir de unos criterios correctos. Según Aristóteles, la

Referencias bibliográficas

- López Frías, J. *La filosofía del deporte actual. Paradigmas y corrientes principales* (pág. 36).
Cortina, A. *Ética de la empresa* (págs. 28-33).

prudencia (*phronesis*) es la virtud que nos da la capacidad de deliberar rectamente. Solo así, sabremos actuar convenientemente en una situación particular.

Objetivos

- 1.** Introducción a la ética del deporte.
- 2.** Aproximarnos a la concepción griega del deporte.
- 3.** Explicar la esencia moral del neoolimpismo.
- 4.** Desarrollar un recorrido por una posible axiología deportiva.
- 5.** Reflexión general sobre la sustancia moral del deporte.

1. El paradigma griego

Somos humanistas porque estamos convencidos de que el deporte debe estar al servicio de una civilización profundamente humana. También porque la educación y la cultura pueden ser antídotos capaces de protegernos de la barbarie. Es preciso cultivar la memoria según la sentencia de Cicerón («*historia magistra vitae*»), porque la historia puede aleccionarnos de muchas maneras. Puesto que educamos con la mirada puesta en un futuro mejor, no podemos olvidarnos de aquellas personas que nos han precedido en el transcurso del tiempo. Por consiguiente, a continuación nos centraremos en uno de los episodios occidentales más significativos a la hora de aunar ética y deporte.

Pertenece a una tradición deportiva que hunde sus raíces en la antigüedad griega. Si hacemos un viaje en el tiempo, descubriremos la presencia luminosa de los griegos. Este pueblo, amante de la filosofía y las artes, fue también eminentemente deportivo. Esto quiere decir que el estadio, el gimnasio y la palestra, tanto como el ágora, el teatro o el templo, son símbolos de su personalidad sociocultural. Desde la época arcaica hasta los tiempos helenísticos, el deporte persistirá como signo de identidad de la sociedad griega. Leyendo a Homero –*La Ilíada* y la *Odisea*– podremos constatar que en la Grecia arcaica las disputas deportivas tenían mucha relevancia. De la misma forma, cuando el imperio construido por Alejandro Magno sea una realidad, el gimnasio se convertirá en una señal distintiva respecto a las poblaciones indígenas.

La máxima expresión de esta efervescencia deportiva son los juegos olímpicos, que se celebraban en la ciudad de Olimpia y que eran unas fiestas religiosas y culturales que buscaban fomentar el panhelenismo. Una muestra fehaciente de la importancia de estos certámenes es que la cronología general griega se vertebrase en función del acontecimiento olímpico. Durante estas pruebas, los atletas, de cuerpos esculpidos, competían por la anhelada victoria ante las estatuas divinas de aspecto atlético. La victoria (representada por la diosa *Niké*) honoraba y glorificaba a los vencedores. La trascendencia invisible del mundo visible se manifestaba mediante las proezas de los atletas triunfadores. La espléndida obra poética de Píndaro se hará eco de todo ello. Los griegos hicieron de los certámenes deportivos uno de los grandes símbolos de su civilización. Para ellos, la praxis deportiva era una manera formidable de expresar su espíritu agonístico. No deja de ser elocuente que dos conceptos tan importantes para entender nuestro universo deportivo –*atleta* y *gimnasia*– tengan un origen nítidamente griego. Por un lado, *atleta* deriva de un verbo (*athleo*) que significa ‘luchar o combatir en un certamen’; por su parte, *gimnasia* proviene de la palabra *gymnos* (‘desnudado’ o ‘descubierto’). Este hecho remite a la costumbre de practicar gimnasia y de competir en pruebas atléticas totalmente desnudos.

La civilización griega es también pionera en mostrarnos las profundas vinculaciones entre ética, educación (*paideia*) y deporte. Con los griegos se plantea una verdadera formación deportiva. La fórmula pedagógica clásica es conocida: la gimnasia para el cuerpo y la música –entendida en un sentido muy amplio– para el alma. Cabe precisar que la música abarcaba todas las artes de las Musas o de la cultura espiritual. Jaeger nos dice que la cultura griega se hallaba orientada tanto hacia la formación corporal como hacia la espiritual. En sus propias palabras:

«Esta concepción aparecía simbolizada ya desde el primer momento en la dualidad de gimnasia y música, suma y compendio de la cultura griega antigua».

Jaeger, Werner. *Paideia* (pág. 784).

Los griegos tienen el honor de ser los primeros en otorgar a la gimnasia una preeminencia pedagógica. Tenían muy claro que la actividad física era una condición indispensable para lograr la virtud o excelencia moral (*areté*). Recordemos que *pedagogía* es una palabra formada a partir del griego *paidos* (niño) y *gogía* (guiar, orientar). El antiguo *paidagogos* acompañaba (*gogein*) al niño (*paidos*) hasta el gimnasio o la *skholé*. En el curso del perfeccionamiento moral y cívico, la educación deportiva ocupaba un lugar preeminente. Mención especial merece el poeta latino Juvenal (siglos I - II d. C.), autor del célebre aforismo: «Mens sana in corpore sano» (*Sátira*, X). Esta máxima sintetiza perfectamente el ideal de integración humana, la conveniencia de ocuparse de un cuerpo y de un alma que se entrelazan íntimamente; todo ello en plena sintonía con el ideal pedagógico griego. Muchos siglos después, John Locke iniciaba sus *Pensamientos sobre la educación* de este modo:

«Un espíritu sano en un cuerpo sano es una descripción breve, pero completa, de un estado feliz en este mundo».

Todo esto se hace patente en la obra de Platón y Aristóteles. El primero nos hablará de la educación de los guerreros en su estado ideal (*politeia*), destacando que la gimnasia debe servir para desarrollar la fortaleza moral. Justo es decir que este filósofo se distanciará de la educación ateniense —aunque no de la espartana— de su tiempo, dado que pondrá en un mismo plano la ejercitación deportiva femenina y la masculina. Tiempo más tarde, en un diálogo de vejez como las *Leyes*, volverá a conceder a la educación física un notable relieve formativo. Por otro lado, si nos fijamos en su discípulo Aristóteles, encontraremos textos como este:

«Puesto que está claro que se debe educar antes con los hábitos que con el razonamiento, y antes en cuanto al cuerpo que a la inteligencia, es evidente, en consecuencia, que los niños han de quedar al cuidado del maestro de gimnasia y del entrenador deportivo. El uno les hace adquirir la destreza física y el otro les hace practicarla en los ejercicios».

Aristóteles. *Política* (1338b).

Los *paidotribai* fueron una especie de profesores-entrenadores que ejercieron un importante papel en la vida de muchos ciudadanos griegos. Dicho de otra manera, el gimnasio era un espacio donde la polis educaba a la juventud con

Werner Jaeger

Werner Jaeger fue el autor de una obra titulada *Paideia. Los ideales de la cultura griega*, que es una magnífica síntesis de la historia del espíritu griego.

Axiología

El vocablo axiología deriva de dos palabras griegas que significan valor (*axios*) y razón (*logos*). Por tanto, la axiología es la disciplina ética que reflexiona en torno a los valores.

el objetivo de que se imbuyera de la fortaleza moral y física (pensemos en la vida guerrera) imprescindible para ser un *zoon politikon*. Debemos a los griegos el principio —plenamente vigente— de que no hay genuina educación sin deporte. En el ámbito gimnástico y atlético, el joven griego hallaba elementos muy necesarios para desplegar su humanidad. El deporte era una escuela de aprendizaje de la vida donde poder ejercitar el cuerpo y el espíritu. No es irrelevante que los griegos cultivaran con la misma pasión el deporte y la filosofía, por cuanto esta última nace de una vida griega que también transcurría en las palestras y los gimnasios. Si acudimos a determinados diálogos platónicos, comprobaremos cómo importantes episodios de la vida griega discurrían en un ámbito gímnico. En este caso, la comunicación intelectual era del todo compatible con la admiración ética y estética por los cuerpos bien conformados.

Es innegable que la filosofía surge de un humus vital donde instituciones educativas como las palestras y los gimnasios tenían un peso específico. Estos fueron los lugares donde el hombre griego podía practicar un ocio que hermanaba los valores corporales y espirituales. Octavi Fullat —un espléndido filósofo de la educación— nos dice que la gimnasia y el atletismo equilibrados pueden ser las expresiones sensatas del cuerpo como fuente de fuerza armoniosa, en palabras suyas:

«He admirado desde pequeño la civilización griega. Y no principalmente por su arte o a causa de su organización política, sino porque el *gymnasion* ocupaba un lugar céntrico en su vida. *Gymnos* significa 'desnudo'. Era el palacio del cuerpo, local donde se le fortificaba y se le recreaba».

Fullat, O. *Las finalidades educativas en tiempo de crisis* (págs. 205-206).

En una Atenas repleta de gimnasios, destacaron especialmente dos: la Academia y el Liceo, que fueron convertidos más tarde en las escuelas de Platón y Aristóteles, respectivamente. No deja de resultar elocuente que los nombres de *liceo* y *gymnasium* hayan perdurado hasta nuestros días para calificar los centros de educación secundaria de muchos países europeos. Todo un homenaje a las raíces helénicas de nuestra tradición humanista. A diferencia de lo que ocurre en nuestros gimnasios posmodernos, los antiguos propiciaban situaciones intelectualmente fecundas. En el gimnasio se entrecruzaban cuestiones tan importantes como la cultura, el arte o la vida. En el transcurrir vital del hombre griego, encontramos el gimnasio y la palestra como exponentes de una acusada sensibilidad para la formación corporal y física. Todo esto nos conduce a la noción de una cultura integral en la cual cuerpo y alma conforman una unidad y, por tanto, nuestra corporalidad también es expresión de la virtud humana. Debe tenerse en cuenta que la palabra griega *soma* significa 'cuerpo', pero también 'persona', y que pocos pueblos concederán tanta atención artística al cuerpo desnudo. Por todo esto, no debe resultarnos chocante que Platón sea conocido por un apodo acuñado por su maestro de lucha, una palabra que hace referencia a su amplitud de hombros: su nombre verdadero era Aristokles.

Los griegos nos entregan un ideal pedagógico que aúna el cultivo del cuerpo y del alma a fin de que se complementen dentro de un todo unitario y armónico. En este sentido, la *kalokagathia* plasma la correspondencia entre bondad interna y belleza externa, pone de relieve un equilibrio proporcionado entre cuerpo y alma, consiguiendo que la belleza simbolice la bondad. Recordamos que Platón nos dice que educar es entregar al cuerpo y al alma toda la belleza y perfección posibles. Así se expresa en su diálogo *Timeo*:

«El matemático o el que realiza alguna otra práctica intelectual intensa debe también ejecutar movimientos corporales, por medio de la gimnasia, y, por otra parte, el que cultiva adecuadamente su cuerpo debe dedicar los movimientos correspondientes al alma a través de la música y toda la filosofía, si ha de ser llamado con justicia y corrección bello y bueno simultáneamente».

Platón. *Timeo* (88c).

Esta convergencia entre ética y estética la encontramos perfectamente plasmada en la esfera artística.

2. El paradigma neolímpico

Ha llovido mucho desde que los antiguos griegos hicieron del deporte un elemento nuclear del itinerario educativo de sus jóvenes, pero no tanto si fijamos como punto de referencia el siglo XIX. Más concretamente, si nos centramos en pedagogos modernos y humanistas como Thomas Arnold (1795-1841) o Pierre de Fredy, barón de Coubertin (1863-1937), encontraremos esta recuperación pedagógica del deporte. Este último, conocido por haber restaurado el olimpismo después de un eclipse multiseccular, propugna una valiosa pedagogía deportiva. No cabe duda de que Pierre de Coubertin merece pasar a la historia del deporte y de la pedagogía. En todo momento defiende que no existe una pedagogía plena sin educación físico-deportiva. Su humanismo deportivo está inspirado en un exigente ideal formativo.

En plena eclosión del deporte moderno, Coubertin viaja al Reino Unido para conocer su sistema educativo. Es así como recibe de primera mano la impronta de algunos pedagogos británicos, principalmente de Thomas Arnold, *headmaster* del *college* de Rugby a partir de 1827. Empieza a conocer su labor gracias a la descripción que hizo Thomas Hugues en la obra *Tom Brown's Schooldays* (1857). En esta novela, Hugues narra los años de vida de Tom en la escuela de Rugby, dirigida en aquellos tiempos por Thomas Arnold y considerada la meca de la pedagogía deportiva. Según el autor, crítico con una educación excesivamente intelectualista, el deporte adquiere un papel fundamental dentro del currículo y llega a ser considerado un elemento educativo primordial para desarrollar el vigor espiritual de los alumnos y futuros ciudadanos ingleses. Como dice Coubertin:

«Arnold hace de los músculos los servidores más instruidos, más minuciosos y más constantes de la formación del carácter».

Coubertin, P. *Ideario olímpico* (pág. 186).

Es así como toma conciencia de que el deporte es una manera de aprender a dirigir la propia iniciativa dentro de unos márgenes reglamentarios, respetando la organización y la autoridad, ateniéndose a las normas del juego.

En esta línea, cabe remarcar el papel de las *public schools* en la expansión del deporte británico y de la pedagogía deportiva. El aristócrata francés también conoce el movimiento de la Muscular Christianity, surgido durante la segunda mitad del siglo XIX, inspirado en las ideas de Thomas Arnold y vinculado a las figuras de Charles Kingsley y Thomas Hugues. Su objetivo preferente era que las personas se evangelizaran mediante la actividad física y el deporte. Entre sus valores más importantes encontramos la nobleza (*manliness*), la moralidad, el juego limpio (*fair play*), la salud y el patriotismo. En esta misma línea también hay que destacar la asociación confesional YMCA (Young Men's Christian

Association), nacida en Londres el 1844 de la mano de George Williams, de King's College (Cambridge), con el objetivo de ayudar a regenerar la juventud. Desde un buen principio, quedó muy claro que los objetivos de esta entidad protestante coincidían con el ideario de la Muscular Christianity. El desarrollo moral del carácter se obtenía mediante la educación religiosa y física. Su logotipo, un triángulo equilátero apoyado en el vértice, expresa el equilibrio entre el espíritu, la mente y el cuerpo. Poco después, esta federación de jóvenes cristianos –nacida en plena época victoriana– se difundirá mundialmente, implantándose muy especialmente en América. Será en este marco donde surgirá el baloncesto, creado por James Naismith, profesor en la YMCA Training School de Springfield (Massachusetts). Este canadiense nos dejó estas palabras:

«Que tu cuerpo sea fuerte, que tu mente sea clara, que tus ideales sean nobles».

No olvidemos que Arnold, uno de los grandes introductores del deporte moderno británico, era fundamentalmente un educador que preconizaba un ideal de *christian gentleman*. Renovó la educación de la época, consiguiendo que las clases se detuvieran para dejar paso a la actividad deportiva. Así, los alumnos no solo ejercitaban su potencia física, sino que cultivaban un nuevo *ethos* social que los convertía en buenos ciudadanos. Arnold se convence de los valores positivos que tienen los deportes y, desde entonces, su presencia en los centros educativos se va normalizando. Esto significa que desvirtuaremos el deporte si lo desvinculamos de su orientación moral. Arnold ve en las actividades deportivas no ya un simple divertimento, sino un medio magnífico para formar la identidad moral de los escolares. El deporte se presenta como una pequeña república hecha de músculos y fraternidad, capaz de desarrollar en sus miembros algunas cualidades morales importantes: lealtad y compromiso hacia los compañeros de equipo, respeto hacia los adversarios y las reglas, autodisciplina y autodominio; los valores que acabarán formando parte del *fair play* o deportividad.

Como escribe Salvador, el gran objetivo era formar a una juventud moralmente sana y socialmente útil, puesto que las relaciones y los hábitos adquiridos en las actividades deportivas serían el mejor entrenamiento para el cumplimiento de las obligaciones sociales. Después de su paso por la escuela, estos alumnos se convertirían en participantes entusiastas de la vida social, hombres preparados para las relaciones de convivencia, la competición social, la emulación profesional, el esfuerzo, el respeto a sus iguales y la realización de las reglas establecidas. La praxis deportiva ayudaba a cultivar el carácter del adolescente, afirmaba su voluntad, le hacía desarrollar en el seno del equipo un fuerte sentido de la sociabilidad y lo preparaba para triunfar en la vida (Salvador). Merece la pena reproducir un largo fragmento de Bolòs y Vilanou:

Referencia bibliográfica

Salvador, J. L. *El deporte en Occidente* (pág. 346).

«En un contexto dominado por el evolucionismo, según el cual la lucha es la ley primordial de la vida, es lógico que Arnold destacara la importancia del deporte en la vida colegial para contribuir al desarrollo de la personalidad individual, el sentido de la responsabilidad, la formación del carácter, el espíritu de sacrificio, la capacidad de liderazgo, el fomento de la solidaridad entre los compañeros y la atención de la educación física a través del deporte. En última instancia, se buscaba el autogobierno (*self-government*) del alumno que, en el proceso de hacerse a sí mismo (*self-made man*), encontraba en los campos de juego una buena ocasión para patentizar su excelencia personal a través del juego limpio (*fair play*), la cooperación entre los compañeros y el respeto a los adversarios».

Bolòs, Oriol de; Vilanou, Conrad. «Joventut, esport i religió: el moviment Muscular Christianity» (pág. 71).

De este modo, Coubertin descubrirá que el deporte puede ser una herramienta educativa aplicable a la vida moral y social. Este pedagogo galo concibe el deporte como un verdadero microcosmos, un reflejo caleidoscópico de la sociedad. Gracias a las lecciones arnoldianas, descubre el latido humanista del deporte, parte esencial de una formación integral que comprende las cualidades físicas y morales. En palabras del propio Coubertin:

«Creo que el deporte da a sus adeptos un concepto de igualdad, de claridad en las decisiones y una tenacidad superior en la acción. Pienso que realmente fortalece el carácter y desarrolla lo que podemos denominar “la musculatura moral del hombre”. He aquí, en definitiva, la cuestión fundamental, de la cual dependerá el lugar que el deporte tendrá en la educación».

Citado en Mercé, Andreu. *Pierre de Coubertin* (pág. 58).

A través del entrenamiento y el juego deportivo adquirimos firmeza moral y endurecemos el carácter, convirtiéndonos en personas física y espiritualmente fuertes. No hay que olvidar que tanto el carácter como el músculo necesitan ejercicios tónicos para vigorizarse. Recordemos que *carácter* (personalidad, talento) en griego se denomina *ethos* (origen del término *ética*). Es interesante subrayar que **virtud** proviene del latín *virtus* que también significa fortaleza o fuerza. Una persona virtuosa es una persona firme moralmente, alguien que no se doblega ante las tentaciones de todo tipo que se interponen en su camino. Así, por ejemplo, en una línea que entronca con una tradición estoica, Coubertin afirmará que el deporte nos hace los hombros anchos para soportar las molestias y los músculos sólidos para controlar nuestros nervios y poder dominarnos.

En Coubertin encontramos a un gran pedagogo que apuesta por unos valores humanistas. Esta doctrina es indisoluble de un ideario pedagógico, cultural y social, filosofía que recoge la Carta Olímpica. Merece la pena reproducir su primer principio fundamental:

«El Olimpismo es una filosofía de vida que exalta y combina en un conjunto armónico las cualidades del cuerpo, la voluntad y el espíritu. Aliando el deporte con la cultura y la educación, el Olimpismo se propone crear un estilo de vida basado en la alegría del esfuerzo, el valor del buen ejemplo y el respeto por los principios éticos fundamentales universales».

El segundo principio deja claro que su objetivo es poner el deporte al servicio del desarrollo armónico del ser humano, con el fin de favorecer el establecimiento de una sociedad pacífica y comprometida con el mantenimiento de

la dignidad humana. Coubertin ve que los Juegos Olímpicos no pueden prescindir de una base humanista, que la consistencia del olimpismo depende de su esencia filosófica y pedagógica. Todos sus planteamientos parten de la voluntad de emprender una gran reforma educativa y, a la postre, pacificadora y ecuménica. Resulta oportuno mentar el principio cuarto:

«La práctica deportiva es un derecho humano. Toda persona debe tener la posibilidad de practicar deporte sin discriminación de ningún tipo y dentro del espíritu olímpico, que exige comprensión mutua, solidaridad y espíritu de amistad y de *fair play*».

Tampoco podemos olvidar el conocido lema *citius, altius, fortius* ('más rápido, más alto, más fuerte'), una divisa olímpica que originariamente tenía un sentido pedagógico de esfuerzo, superación y excelencia espiritual. Justo es decir que esta sentencia fue acuñada por el padre Henri Didon (1840-1900), compañero, inspirador y confidente de Coubertin, pedagogo que promocionó la educación deportiva en la Francia finisecular. Este dominico hizo del deporte una actividad importante en su escuela de San Alberto Magno (Arcueil), creando una de las primeras asociaciones atléticas.

Coubertin vivió para difundir su ideal ético y pedagógico. Su pensamiento, centrado en el papel formativo del deporte, tiene como gran meta la mejora física, intelectual y moral de la humanidad. Es el forjador de un olimpismo articulado en torno a una serie de valores fundamentales. Posiblemente sean más modernos que posmodernos: virtudes como el coraje, la perseverancia, el esfuerzo, la disciplina, la humildad, la confianza o la solidaridad entroncan con un contexto sociocultural que cada vez es menos el nuestro. Hay que recordar que una de las características de la posmodernidad es la *destradicionalización*, la destrucción de una parte de nuestra tradición. Pero también sabemos que educar implica muy a menudo remar a contracorriente. La praxis formativa difícilmente dejará de ser una pugna basada en valores (Fullat). En resumidas cuentas, somos afortunados por poder contar con un patrimonio axiológico que nos han legado antiguos, medievales y modernos, una herencia grecolatina y judeocristiana para poder mantener encendida la llama humanista. Citemos a Comte-Sponville:

«Salvo excepción, no se trata de inventar o reinventar nuevos valores, como de inventar o reinventar una nueva fidelidad a los valores que hemos recibido y que tenemos la misión de transmitir».

Comte-Sponville, A. *El alma del ateísmo. Introducción a una espiritualidad sin Dios* (pág. 44).

Pierre de Coubertin propugna una filosofía neolímpica porque descubre que el deporte puede ser una herramienta educativa de gran valor moral y social. Pero para ello es imprescindible promover el *fair play*. Recordemos uno de sus grandes lemas: «Lo esencial en la vida no es vencer, sino luchar bien». Ser deportista es aprender a saber perder, el deporte nos enseña a caer derrotados y a aceptar nuestros propios límites. Más importante que ganar o perder es la

manera cómo hemos jugado, que la victoria sea más interna que externa. El fracaso no radica en caer derrotado, sino en renunciar a luchar. Como afirmó el gran entrenador de baloncesto John Wooden:

«El éxito es paz mental, que es el resultado directo de la satisfacción propia de saber que te esforzaste en hacer lo mejor de lo que eres capaz».

Posiblemente sea más difícil saber perder que saber ganar, encajar las muchas derrotas que nos inflige la vida. El educador tiene que ayudarnos a asumir el lado negativo de la existencia, desde el sufrimiento físico hasta las más desoladoras impotencias. Mejor que soñar con un mundo idílico sin frustraciones es aprender a vivir superándolas. Este es uno de los elementos más distintivos de madurez personal. En palabras de Petrus:

«Aceptar la derrota es asumir los valores necesarios para el desarrollo de la persona. Es aceptar la realidad, es admitir y aprender de los errores, es superarse personalmente, es aceptar las propias limitaciones y es también conocer los valores del contrario. Perder deportivamente, perder sin frustración y violencia es tanto o más importante que ganar».

Bazaco, M.J. [et al.]. *Olimpismo y fair play* (pág. 20).

Sin lugar a dudas, concebimos el deporte como una buena metáfora de la vida. Como afirma Vicente Verdú, la competición deportiva es una narración moral aplicable a otras esferas de nuestra existencia y nuestra convivencia, puesto que reproduce la pugna que mantenemos con los demás y con sus potencias, con nosotros mismos y con nuestras debilidades (Verdú). El deporte nos habilita para arrostrar situaciones adversas en otros órdenes de la vida. Cuando estemos contra las cuerdas, nuestra tolerancia a la frustración nos permitirá sobreponernos al desaliento. La única manera de reconducir nuestra vida será plantar cara a los reveses sin desfallecer. Si somos capaces de metabolizarla, la derrota puede ser un factor positivo en nuestro proceso de autosuperación. Fue Viktor Frankl quien afirmó que el hombre que se levanta es aún más fuerte que el que no ha caído. En el idioma chino la palabra *crisis* está formada por dos ideogramas que significan 'peligro' y 'oportunidad'.

Conviene mentar que la expresión inglesa *to be sport* indica una actitud recta y generosa, una manera de aceptar la vida, es decir, actuar correctamente dentro y fuera de los estadios. Podemos rememorar la definición de *sportman* en una revista inglesa de 1850, en los albores del deporte moderno:

«Deportista es todo aquel que no solamente ha vigorizado su musculatura y ha desarrollado su resistencia por el ejercicio de algún deporte, sino que en la práctica de ese ejercicio ha aprendido a reprimir su cólera, a ser tolerante con sus compañeros, a no aprovechar una vil ventaja, a sentir profundamente como una deshonra la mera sospecha de una trampa y a tener una actitud alegre bajo el desencanto de un revés».

La deportividad o *fair play* es una actitud vital que implica competir según las reglas, con un respeto absoluto y sincero hacia el adversario, rehuir la violencia que hace peligrar la seguridad del rival o escapar a la tentación de incumplir el reglamento. Escribe Gil Calvo:

Referencia bibliográfica

Verdú, V. *El éxito y el fracaso* (págs. 80-81).

«El juego limpio requiere virtudes como la valentía, el altruismo, la lealtad, el sacrificio y la nobleza, mientras que el juego sucio implica recursos ventajistas como la astucia, la codicia, el fraude, la traición y el abuso de poder».

Gil Calvo, E., *Máscaras masculinas. Héroes, patriarcas y monstruos* (pág. 165).

Por supuesto, es impropio del juego limpio dejarse ganar por el contrincante. En todo momento, el buen deportista debe esforzarse al máximo por derrotar a su rival. Pero esto no debe impedir que la victoria sea consecuencia de una actuación justa y meritosa. Vulneraremos el *fair play* si hacemos del triunfo un fin en sí mismo, si olvidamos que vencer no es lo más importante. En el deporte, como en la vida, existen maneras de ganar que no pueden considerarse lícitas. Los triunfos humanos se deben medir por los medios que se han utilizado para conseguirlos (La Rochefoucauld). Escribe González:

«La Victoria, para que se pueda escribir con letras grandes, ha de estar rodeada de palabras que se escriben con H: honestidad, honradez, hermandad, humildad, honor y humanidad. Estos términos representan los valores propios y necesarios de eso que venimos en llamar deportividad y que resulta tan difícil de explicar aunque tan fácil de entender».

González, F. *Educación en el deporte: educación en valores desde la educación física y la animación deportiva* (pág. 56).

Saber ganar y saber perder son dos componentes esenciales de la filosofía neolímpica. Representan aprendizajes vitales valiosos, una de las grandes lecciones que atesora el deporte. Desgraciadamente, muchos han abandonado los valores de esta pedagogía deportiva en la cual lo esencial es participar: ganar tiene que ser, al menos desde un punto de vista formativo, algo accesorio y secundario. En último término, sería bueno que este mensaje fuera seguido por padres, maestros, monitores, entrenadores, espectadores y por los mismos niños y adolescentes, que —prescindiendo de resultados y clasificaciones— tendrían que ver en el deporte un buen camino para el mundo de la vida. Desde la óptica coubertiniana, el deporte tenía que ser una preparación vital porque, más allá de la victoria o derrota deportiva —siempre efímera—, se trataba de reforzar el carácter de una juventud que tarde o temprano debería luchar en otro tipo de palestra. El humanista Joan Crexells escribió lo siguiente:

«Educar a los jóvenes en el deporte para que en cada momento de la vida actúen con aquella claridad y nobleza que denominamos deportividad, he aquí una noble finalidad moral del deporte».

Crexells, J. «L'element moral en l'esport».

En suma, los griegos son los primeros en mostrarnos las estrechas vinculaciones entre ética, educación y deporte. Esta concepción encontrará continuidad en la pedagogía humanista de Pierre de Coubertin, un autor que subraya la entraña axiológica del deporte. No es baladí que este aristócrata francés fuera un historiador y, por tanto, un buen conocedor de la civilización griega.

Actividad

1. Encuentra tres episodios en la historia del deporte olímpico que puedan ilustrar el *fair play*.

3. *Homo axiologicus*

Entre las múltiples definiciones de valor, nos parece muy acertada la que nos ofrece Rokeach:

«Un valor es una creencia duradera en que un modo específico de conducta o estado final de existencia es personal o socialmente preferible a un opuesto modo de conducta o estado final de existencia».

Citado en Gutiérrez, Melchor. *Manual sobre valores en la educación física y el deporte* (pág. 37).

Los seres humanos son animales axiológicos pues existen confiriendo valor a las cosas y a las acciones. No podemos vivir sin posicionarnos axiológicamente; nuestras elecciones, ideas y sentimientos están inspirados por los valores. Gracias a ellos podremos descubrir el sentido de la vida; sin ellos, estaríamos huérfanos de puntos de referencia existenciales. De hecho, en un momento como el actual, marcado por la perplejidad, la desorientación, la confusión y la incertidumbre –se habla acertadamente de «crisis pedagógica»–, se hace sumamente necesario articular una axiología basada en valores firmes que respondan a la exigencia de estabilidad y equilibrio personales.

Si las cosas pueden tener un valor relativo llamado precio, el ser humano, en cambio, participa de dignidad, libertad y responsabilidad. Las personas tienen valor porque merecen un respeto absoluto e incondicional (Kant). Nuestra humanidad hace de nuestra vida una realidad dotada de un valor absoluto, una existencia que ostenta una dignidad que acredita su valor. Como dice Quintana, la moral consiste en un conjunto de normas que aseguran el respeto a la persona en uno mismo y en los otros. Y este respeto se cifra en la fidelidad a un conjunto de valores que son los que fundan la dignidad humana (Quintana). Sostenemos que las realidades más importantes de la vida no tienen precio, sino un valor incalculable; por el contrario, las cosas materiales pueden tener precio, pero no necesariamente valor. Es por eso que no podemos permitir que los valores queden absorbidos por la economía de mercado y la oferta consumista. Consideramos inaceptable que la facticidad capitalista devore la vida axiológica. Los valores se encuentran íntimamente relacionados con los ideales, convirtiendo la vida humana en deseable y digna. Como dice Torralba:

«Hay una íntima relación entre los valores y la manera de vivir. Los valores nos ayudan a vivir, a vivir con más intensidad y profundidad nuestra cotidianidad, a asumir lo que nos presenta la existencia diaria».

Torralba, Francesc. *Cent valors per viure* (pág. 9).

Actividad

2. Compara estas dos frases:

Referencia bibliográfica

Quintana, José María. *Pedagogía axiológica* (págs. 182-183).

«Es de necios confundir valor y precio».

(Antonio Machado)

«Todo hombre tiene un precio. El que no lo tiene es porque no vale nada».

(Juan March)

La moral está basada en valores al servicio de la vida, de la humanidad como valor supremo. Gracias a los valores podemos disfrutar al máximo de la realidad, desplegar una existencia más rica. Los valores son también pautas que orientan la conciencia a fin de justificar nuestras decisiones y respuestas. Los valores muestran nuestra manera de estar y aprehender el mundo, se reflejan en nuestra manera de vivir y actuar, son cualidades intangibles que hacen crecer la vida en humanidad. A través de los valores construimos un horizonte de sentido que nos permite construirnos como personas. Por **valor** entendemos aquellos ejes que condicionan nuestros comportamientos y sensibilidades, los principios que rigen la conducta humana, las preferencias y creencias que dan consistencia a nuestra vida. Solo los humanos somos capaces de realizar acciones valiosas: somos seres morales con voluntad y capacidad para decidirnos por una vida buena.

Los valores son unos principios de elección, puntos de vista gracias a los cuales apreciamos o despreciamos las cosas; como decía Nicolai Hartmann, lo esencial de los valores es que exigen ser realizados. Como afirmaba Max Scheler, lo que nos caracteriza es descubrir valores y plasmarlos. Nietzsche dejó claro que una de las actividades que mejor nos constituye es crear valores y vivir a partir de ellos. Los valores son guías que orientan las actitudes, motivan las conductas y confieren sentido a nuestros actos. Nuestra identidad personal también está constituida por una escala de valores. Como bien dicen Duch y Mèlich:

«En el fondo, transmitir valores tendría que ser equivalente a transmitir, promocionar y vigorizar la propia vida. Diciéndolo de otro modo: transmitir valores significa poner al alcance de hijos e hijas, educandos y amigos, *perspectivas*, puntos de vista, que deberían hacer posible no tan solo que la vida fuera “vivable”, sino que toda ella fuera un ejercicio de solidaridad y de responsabilidad, educación en el arte de aplicar “teodiceas prácticas” en lo concreto de la vida cotidiana, habilitación para una relacionalidad jubilosa y humanizadora».

Duch, L.; Mèlich, J. C. *Ambigüitats de l'amor* (pág. 320).

Gracias a los valores concebimos e interpretamos la realidad. Es necesario descubrirlos intelectualmente, sentirlos cordialmente y vivirlos con todo nuestro ser. La existencia humana solo es posible con la ayuda de los valores y educarnos conlleva edificar una existencia cimentada en una estructura axiológica. La personificación no es posible sin la apropiación de valores, gracias a los cuales amamos, pensamos y actuamos. Los humanos no podemos vivir al margen de un esquema valorativo, nuestra existencia sería imposible sin un programa axiológico consistente. Ineludiblemente, somos seres de valores y estos se explicitan en la conducta individual, en cualidades personales que

nos predisponen a actuar de forma determinada en situaciones concretas. Tal como hemos dicho, estos valores también se traducen en normas y están muy relacionados con el sentido que queremos conferirle a nuestra vida.

Nadie nace solidario, jovial, perseverante, voluntarioso, disciplinado, valiente, cooperativo o humilde. Son actitudes y comportamientos infundidos mediante la experiencia vivida y la ejemplaridad, a lo largo de una educación lenta y difícil. Siguiendo a Aristóteles, las virtudes y los valores no se transmiten teóricamente, sino mediante el ejercicio práctico. Sin ellos no podríamos colmar nuestra humanidad y conformar nuestra entraña moral. Nuestra musculatura moral debe configurarse a lo largo de un proceso muy parecido a un entrenamiento deportivo. Citemos a Cortina:

«Para ganar músculo ético es necesario quererlo y entrenarse, como el deportista que intenta día a día mantenerse en forma para intentar ganar limpiamente competiciones y anticiparse a los retos que estén por venir».

Cortina, A. *¿Para qué sirve realmente...? La ética* (pág. 24).

Ejercer el oficio de ser hombre o mujer exige perseverar en un proceso de aprendizaje moral.

Recordemos que el término griego *askesis* (entrenamiento) deriva de *askeô*, un verbo que significa ejercitarse en alguna actividad con el fin de adquirir un determinado hábito o habilidad. No hay duda que los educadores son también entrenadores, que el deporte es un formidable entrenamiento moral. No es casual que la palabra inglesa *training* signifique al mismo tiempo entrenamiento y educación. Mal iremos si no valoramos debidamente la ímproba labor de nuestros maestros. Recordemos que esta palabra proviene del latín *magister*, derivado de *magis* ('más') y opuesto a *minister*, de *minus* ('menos'). El educador debe ser respetado porque es un autor (*auctor*) que nos empuja a mejorar, ayudándonos a hacer crecer nuestro ser, buscando engendrar y elevar nuestra humanidad. Es altamente interesante que el término *auctoritas* derive de *auctor*. Los entrenadores deberían ser educadores con autoridad moral. No es casualidad que en francés *élever* signifique a la vez 'elevar' y 'educar' y que el término *élève* se traduzca por 'alumno'.

Así pues, como todo saber práctico, solo es posible enseñar moral mediante la participación plena y activa de los aprendices. Los valores morales se adquieren mediante el hábito, es decir, a través de las conductas particulares. La palabra **moral** proviene de *mos*, *mores*, un vocablo latín que traducimos por *hábito* o *costumbre*. Como decía Aristóteles, nos hacemos justos, moderados y valientes practicando la justicia, la moderación y el coraje. Es, pues, a través de buenos hábitos que iremos conformando nuestro carácter, puesto que solo es moral la persona que realiza habitualmente acciones virtuosas y valiosas. La virtud es una tendencia a actuar de una forma determinada. Nuestro gran propósito debe ser utilizar el deporte para formar buenas personas.

4. Una posible axiología deportiva

4.1. Introducción

Formamos parte de una civilización que arranca con los griegos y que culmina en nuestra actualidad posmoderna, un itinerario humanista transcultural. Nuestro recorrido nos ha permitido observar la pervivencia de unos valores vinculados a un ideal antropológico, moral y educativo que ha trascendido el paso del tiempo. Este trayecto pretendía aproximarse a una axiología deportiva. Los griegos son los primeros en mostrarnos las estrechas vinculaciones entre ética, educación y deporte. Pero este itinerario encuentra continuidad en la pedagogía humanista de Coubertin, un autor que también nos hace ver la sustancia axiológica del deporte. Vamos a dilucidar algunos puntos nucleares de la dimensión moral del deporte, a transitar por la constelación ética que contiene la praxis deportiva. Focalizaremos nuestra atención en los siguientes valores: espíritu competitivo, espíritu lúdico, coraje, esfuerzo, perseverancia, disciplina, salud física, salud psíquica, alegría, humildad, confianza, cooperación, justicia y autocontrol. Todos ellos son valores deportivos pero, a su vez, eminentemente personales y sociales. Se trata de una escala de valores perfectamente asumible desde una pedagogía deportiva. Pensamos que es factible incardinarlos en situaciones deportivas concretas, articular esta propuesta axiológica en la vida práctica. Esto significa que padres, profesores, entrenadores, alumnos y jugadores deberían conocerlos, con el objetivo de permitirles un comportamiento digno y responsable consigo mismos y con los demás. Nos hemos decantado por una categorización posible y plausible, pero no necesaria ni única.

4.2. Espíritu competitivo

Resulta indiscutible que el espíritu competitivo forma parte de la praxis deportiva. El deporte es rivalidad en su sentido más amplio, puesto que el deportista lucha contra sus propias limitaciones, contra un adversario o contra las condiciones espaciotemporales. El hombre deportivo es un ser agonístico: rivaliza consigo mismo (auto-competencia), pero también con un adversario. El agente deportivo es siempre un *homo competitivus*. Pero es muy importante dejar claro que el vocablo *competición* proviene de dos palabras latinas, *competire*, que significan ‘buscar juntos’, ‘perseguir juntos’ o ‘esforzarse juntos’. Esto implica discernir la correcta competitividad de la hipercompetitividad que abunda socialmente. Cabe entender el deporte no como un juego de suma cero en el cual se gana a expensas de los demás, sino como un juego de suma positiva en el cual todos ganamos. En este sentido, el deporte puede ser también un diálogo enriquecedor en el cual el adversario sea valorado positivamente. La idea es que el deporte puede ser una fuente de enriquecimiento

recíproco. Una espléndida manera de conocer nuestro nivel es midiéndonos con buenos contrincantes. No únicamente competimos *contra* alguien, sino que lo hacemos *con* otras personas. Para expresar esta condición, Bouet utilizará la fórmula «con-contra» (Bouet, M. *Signification du sport*, pág. 52). Debemos aprender que ganar consiste muy especialmente en alcanzar la mejor versión de uno mismo, percatarnos de que para poder superarse necesitamos un contrincante. Aunque nos midamos con los otros con la finalidad de superarlos, a quien intentamos superar es a nosotros mismos. (Gil Calvo, E. *Op. cit.*, pág. 136). Al fin y al cabo, la rivalidad más fructífera es la que establecemos con nosotros mismos.

4.3. Espíritu lúdico

Son innegables las funciones didácticas del juego, su papel en el despliegue de la personalidad del niño, su relieve pedagógico. Esto implica que debe seguir siendo un elemento educativo fundamental. Aprender el deporte como un juego equivale a destacar su carácter voluntario, la identificación personal con la actividad efectuada. Suscribimos la idea de que muchos deportes son juegos competitivos en forma de ejercicio físico y que, si se desentienden de su condición lúdica, pierden una parte importante de su valor. Como nos decía Friedrich Schiller en sus *Cartas sobre la formación estética del hombre* (1795), los seres humanos encontramos la mayor plenitud cuando experimentamos el mundo lúdicamente, cuando el juego nos permite abrir espacios de creatividad, imaginación y civilización. Tal como nos dirá, el hombre solo juega cuando es hombre en el pleno sentido de la palabra, y solo es plenamente hombre cuando juega. Si el juego es un elemento constitutivamente antropológico y civilizador, enseñar a jugar contribuirá a saber vivir y, por lo tanto, a desplegar el potencial humanista de las personas. Como dice el mismo Schiller, educaremos a hombres íntegros que sean totalmente humanos cuando encuentren a través del juego el camino hacia ellos mismos. Esto quiere decir que debemos buscar la manera de convertir el juego en una pieza clave de la educación. Recordemos al holandés Johan Huizinga con su magistral obra, *Homo ludens*. Como escribió el maestro Cagigal, mientras el deporte siga siendo un juego resultará humanizador. Cuando le preguntaron a la teóloga luterana Dorothee Soelle como le explicaría a un niño qué es la felicidad, afirmó lo siguiente:

«No se lo explicaría. Le tiraría un balón para que jugara».

Cappa, A.; Cappa, M. *También nos roban el fútbol* (pág. 18).

4.4. Coraje

El coraje es la virtud que nos permite afrontar la adversidad y el consiguiente miedo al dolor. La valentía tiene mucho que ver con la superación de los obstáculos y contratiempos, por cuanto es la virtud que permite enfrentarse al temor. Tal y como nos enseñaron los griegos, uno de los rasgos esenciales del deporte es su condición agónica. Cualquier deporte es una lucha que exige valor. El cobarde nunca será un buen deportista. La valentía está íntimamente

relacionada con aquellas situaciones que requieren sacrificio y esfuerzo. Podemos ilustrarlo con el caso del ciclista que afronta un puerto de montaña sin rendirse al inexorable sufrimiento. Todo aquel que haya subido un puerto como el Alpe d'Huez habrá oído una frase de ánimo: *bon courage!* Como decía Séneca, las cosas no son difíciles por sí mismas, lo son porque no nos atrevemos. Es por eso que los buenos jugadores son los que juegan sin retroceder ante el miedo. En el deporte –como en la vida– para ganar hay que ser valiente. El deportista, para seguir adelante, tiene que plantar cara al miedo y luchar con arrojo por su objetivo.

4.5. Esfuerzo

Entendemos por esfuerzo la utilización enérgica de la fuerza física, de la mente o de la voluntad para conseguir algo. La etimología de la palabra **esfuerzo** nos muestra que proviene de la raíz latina *fortis*, precedida por el prefijo *ex*, lo cual indica la idea de un movimiento hacia afuera. El esfuerzo siempre implica actuar movilizándonos para vencer una resistencia interior o exterior. El deportista conoce perfectamente la importancia del abnegado esfuerzo, su vida está llena de horas oscuras dedicadas al entrenamiento. Como dijo san Jerónimo, ningún atleta ha ganado su corona sin sudor. Según Marina:

«La eficacia educativa del deporte, y su influencia en la prevención de adicciones, reside precisamente en esto: en su capacidad de acostumbrar a soportar el esfuerzo y a soportar el aplazamiento de la recompensa».

Marina, José Antonio. *Reflexiones: deporte y educación* (pág. 3).

Es indiscutible que el deportista se entrena con la mirada puesta en un premio lejano. Por tanto, sabe que una buena actitud ante la vida conlleva admitir la posibilidad del fracaso. Como es notorio, la cultura del esfuerzo ha sido expulsada de muchos ámbitos sociales. Sin esfuerzo no hay humanidad, esta es una de las muchas cosas que nos diferencian del resto de animales. No resulta casual que un autor como Dewey convirtiera el esfuerzo en uno de sus ejes pedagógicos. No dejaremos de sostener que enseñar a esforzarse tiene que ser una de las finalidades principales de todo educador. La sociedad en general no contribuye al hecho de que nuestros jóvenes adopten una predisposición positiva hacia el esfuerzo. Es por esto que el deporte puede ser una buena manera de contrarrestar una serie de contravalores que cada vez se hayan más extendidos entre los jóvenes. A modo de ejemplo, la apatía, el consumismo, la desesperanza o el desaliento.

4.6. Perseverancia

Por perseverancia se entiende el persistir en la realización del bien hasta el final, soportando la duración de nuestras acciones y sin retroceder ante las adversidades. Parafraseando al filósofo Marina, la perseverancia es el hábito de mantener el esfuerzo para lograr una meta, a pesar del cansancio, la dificultad, el aburrimiento o las frustraciones. La perseverancia es uno de los valores sin los cuales el deportista acabaría desistiendo de su lucha incesante contra el

desaliento o el agotamiento. Un enfrentamiento deportivo genera situaciones que exigen grandes dosis de valentía, esfuerzo, voluntad, tenacidad y sacrificio. No podemos permitirnos caer en el derrotismo, puesto que siempre hay la posibilidad de remontar y salir airoso. La tenacidad es un esfuerzo continuado a lo largo del tiempo, pero esta virtud no se puede confundir con la obstinación ciega o la obsesión irracional. La perseverancia va íntimamente relacionada con la fortaleza, la esperanza, la confianza y la resistencia, con la voluntad de seguir avanzando con buen ánimo. La lucha prolongada para sacar adelante un proyecto deportivo puede ser uno de los muchos ejemplos de tenacidad.

Otra cosa que podemos aprender de los deportistas es la entereza frente al desánimo, la presencia de ánimo para sobreponerse a las decepciones sufridas. Evidentemente, la perseverancia está relacionada con la resiliencia, es decir, la capacidad de superar las adversidades inevitables de la vida, de fortalecernos y evolucionar favorablemente. Lo contrario de la perseverancia es la pereza, entendida como la renuncia a esforzarnos para lograr nuestros proyectos. La pereza va asociada a la abulia, la pasividad y la indolencia, al estancamiento, la apatía y la desgana, pero también a la cobardía. La pereza es impropia de un verdadero deportista. El deportista vence obstáculos precisamente porque se esfuerza y persevera. Como dice Bauman, la llamada *modernidad líquida* da mucha importancia a la velocidad y a la eficacia, pero, en cambio, desprecia la paciencia y la perseverancia. Estas son virtudes relacionadas con las recompensas a largo plazo, con una forma mucho más correcta de relacionarnos con el tiempo, con la lentitud que es necesaria en toda buena praxis educativa; asumir la temporalidad de nuestro vivir quiere decir ser pacientes (Torrallba).

4.7. Disciplina

Etimológicamente **disciplina** proviene del latín *discipulina*, que significa 'enseñanza, instrucción, aprendizaje', y del verbo *disco*, que hace referencia a la acción de aprender. Por *disciplina* entendemos una regla de enseñanza impuesta por un maestro a sus educandos, pero también la instrucción física, moral y mental de una persona. La disciplina es intrínseca a todo proceso educativo, sin esta virtud difícilmente podríamos aprender nada. Obsérvese que *disciplina* y *discípulo* comparten la misma raíz. Se trata de inculcar la disciplina mediante el deporte, dado que este nos enseña a fijarnos normas y a exigirnos su cumplimiento, a planificar en primer lugar las actividades marcándonos prioridades. Prepararnos para una competición exige asiduidad y continuidad en los entrenamientos. El espíritu de disciplina pasa por saber autorregularnos, es decir, limitar razonablemente los deseos en favor de la consecución de nuestros objetivos. De un modo similar, el respeto a la norma conlleva un esfuerzo notable basado en el autodominio y la inhibición de los impulsos. Renunciar a algo inmediatamente placentero en favor de un objetivo mejor, aprender a asumir el valor de la negación –aplicado también a nosotros mismos– nos aporta fortaleza y capacidad de autosuperación.

4.8. Salud física

Entre los valores beneficiosos del deporte encontramos los que están relacionados con algo tan fundamental como la salud física. En una sociedad en la que la preocupación por la salud no deja de aumentar, creemos que la actividad deportiva se presenta como un medio magnífico para desarrollarnos físicamente, para crear hábitos saludables y un estilo de vida positivo. El deporte nos reconcilia con nuestro cuerpo, nos hace más sabios en cuanto a nuestro organismo, maximiza nuestras facultades físicas de un modo muy notable. Cada vez hay más personas que ven y viven el deporte como una forma de hacer salud. Los especialistas en medicina sostienen que la actividad físico-deportiva —ya sea a nivel preventivo y rehabilitador— es una de las mejores maneras de minimizar problemas relacionados con la salud. Desde un punto de vista filogenético, nuestra anatomía y fisiología están predisuestas a la actividad motriz. Solo hay que fijarse en el diseño del pie humano, preparado para el movimiento. Nuestra anatomía actual todavía nos recuerda un pasado —el 99,6 % de la historia del *homo sapiens sapiens*— que se inició hace dos millones y medio de años. Nuestros antepasados tuvieron que sobrevivir en unas condiciones de vida nómadas. Genéticamente, los habitantes del siglo XXI seguimos siendo como los habitantes del paleolítico, una época en la que el cazador-recolector tenía un gasto energético diario de más de 3.000 calorías. Habida cuenta de que el cuerpo humano está naturalmente predisuesto al movimiento, el deporte nos permite desarrollar nuestras posibilidades funcionales. Más si cabe cuando nuestros hábitos son sedentarios y, por tanto, poco higiénicos. Según la Organización Mundial de la Salud (OMS), la ausencia de actividad física es un factor de riesgo de la mortalidad mundial.

Las sociedades industriales avanzadas comportan unos hábitos sedentarios muy poco idóneos desde un punto de vista higiénico. Los estudios muestran que hay tres variables que influyen en los beneficios de la actividad física: la intensidad (más o menos agotadora), la frecuencia (el número de veces a la semana) y la duración (la cantidad de tiempo dedicado a cada sesión). En este sentido, hay que subrayar que la regularidad y la frecuencia son más importantes que la intensidad. Así, por ejemplo, la prevención del riesgo de insuficiencias coronarias depende de sesiones de ejercicios aeróbicos regulares y de duración adecuada. La actividad deportiva es un medio magnífico para desarrollarnos físicamente, para crear hábitos saludables y un estilo de vida positivo. No deja de aumentar el número de personas que piensan que la actividad físico-deportiva puede cumplir una función terapéutica importante. Son muchos los que viven el deporte como una forma de hacer salud.

4.9. Salud psíquica

Aparte de los efectos saludables desde un punto de vista estrictamente físico, el deporte presenta ventajas importantes en el terreno psíquico. Ante las condiciones ambientales que presenta la vida urbana, el deporte aparece como una alternativa mentalmente saludable. Puede contribuir a nuestro equilibrio per-

sonal, proporcionándonos una considerable estabilidad emocional. El equilibrio anímico comprende aspectos como la autoestima, la energía, la paz mental, el optimismo y el buen humor. En cambio, el malestar psicológico se traduce en depresión, ansiedad, tensión, agresividad, frustración e irritabilidad. El deporte puede ser una buena respuesta a todas estas situaciones negativas, tan frecuentes en nuestro mundo posmoderno. El deporte puede contribuir a aminorar los estragos originados por un entorno social caracterizado por la mecanización, el estrés nervioso, la polución y las tensiones de todo tipo. Para explicar de qué manera el ejercicio físico contribuye a incrementar el bienestar mental, se aducen dos hipótesis: la distracción y las endorfinas. Por lo tanto, el bienestar que nos proporciona el ejercicio físico se encuentra directamente relacionado con factores psicológicos y fisiológicos.

Muchos psicólogos y neurólogos están de acuerdo con que la actividad física puede mejorar nuestras capacidades mentales y, más concretamente, las aptitudes cognitivas. Así, por ejemplo, fortalece la habilidad memorística, apun-tala la concentración y la atención, incrementa la flexibilidad mental; potencia, en suma, las prestaciones intelectuales. En este sentido, queremos recordar que la actividad intelectual y la física no son mutuamente excluyentes, sino todo lo contrario puesto que se retroalimentan y se refuerzan mutuamente. Este es el momento para recordar el peso específico del deporte dentro del sistema educativo norteamericano, algo que no es incompatible con el buen rendimiento académico de los estudiantes. Si entendemos el deporte como una praxis total —física y anímica—, entenderemos mejor que la salud del cuerpo y del alma son indiscernibles y concomitantes, que ambas se complementan porque son dimensiones de una misma realidad.

4.10. Alegría

Spinoza destacó la alegría como expresión de la felicidad de sentirse cada vez más vivos. Así, afirmaba que la alegría es el paso de una perfección pequeña a una más grande. Valoraremos las cosas en función de si nos causan alegría o tristeza. La realidad será buena o mala según si crece o mengua nuestra potencia de existir, es decir, si favorece o reprime nuestras posibilidades vitales. Esto quiere decir que la alegría nos indica que nos estamos superando y, por lo tanto, que realmente estamos aprendiendo (Reboul). Sin lugar a dudas, el deporte puede convertirse en una praxis revitalizante. Así, por ejemplo, Unamuno nos dice que las principales aportaciones formativas del deporte son el conocimiento físico de uno mismo, el restablecimiento del equilibrio psicofísico y su condición de fuente de alegría y salud. Creemos que la alegría es la expresión más elocuente de la felicidad. Resulta indiscutible que en el juego deportivo el niño, el adolescente y el adulto encuentran uno de los muchos caminos felicitarios. Varios estudios nos confirman que los adolescentes son mucho más felices cuando participan en actividades deportivas que cuando realizan actividades de ocio pasivo como, por ejemplo, mirar la televisión o ir de compras. De este modo, los deportistas —sean mayores o pequeños— se

entregan de forma generosa y sincera a unas prácticas que los ayudan a reencontrarse consigo mismos. Hacer deporte es una de las formas más sencillas y auténticas de experimentar la reconfortante experiencia de estar vivos.

4.11. Humildad

Sería un grave error olvidar que somos hijos de la tierra. El vocablo latín *humus* es el origen de las palabras **humano** y **humildad**. Como dice el Eclesiastés, todo ha salido del polvo y todo vuelve al polvo. Inexorablemente, somos finitos, falibles y frágiles. Ser humilde no es aparentar pobreza ni falsa modestia: es saber aceptar las equivocaciones y no olvidar nunca nuestros orígenes modestos. Mediante la humildad nos hacemos cargo de nuestros límites, obtenemos un conocimiento realista de lo que somos y de lo que valemos. La humildad es también la voluntad de alejarse de una ambición o codicia excesivas, asumir las propias limitaciones (en catalán, *tocar de peus a terra*). Es clave recordar que en latín *terra* es *humus*, que también es tierra fértil. El deporte nos puede ayudar a descubrir tanto nuestras fuerzas como nuestras debilidades morales. Nos enseña a conocer nuestro cuerpo y nuestra personalidad para poder superar la tentación egocéntrica o narcisista. La humildad es la virtud que nos protege del exceso fatal (*hybris*) que los antiguos griegos rechazaban, de las acciones contrarias a un ideal basado en la armonía y el equilibrio. Es necesario dejar claro que la no aceptación de nuestras limitaciones nos lleva irremediablemente al orgullo desmedido y al fracaso. Por otro lado, la humildad es la actitud que nos permite dialogar con los demás, que nos ofrece la oportunidad de aprender, cambiar y mejorar. Es la antítesis de la vana pretensión, pues entronca con el precepto delfico, «conócete a ti mismo» (*gnosi te auton*). Así pues, la humildad equivale al reconocimiento sincero de nuestras cualidades y de nuestros defectos. Hay que saber conjugar el yo real con el yo ideal. Sin autorreflexión no podemos obtener un aprendizaje de nuestra identidad, una conciencia realista de nuestras condiciones. Sin capacidad de ser autocríticos, nunca sabremos lo que podemos y lo que queremos ser. Solo gracias al autoconocimiento podremos ser leales a nuestra realidad. Podemos afirmar que es preferible una verdadera tristeza que una falsa alegría (Comte-Sponville).

4.12. Confianza

La confianza —a nivel intrapersonal— es una actitud positiva que consiste en pensar que se pueden lograr los propósitos que nos marcamos. Tener confianza implica ser capaz de expresar hasta el límite las capacidades de uno mismo. Las personas con confianza en sí mismas no ceden ni claudican nunca, puesto que abordan las situaciones difíciles como si fueran desafíos. La confianza también se encuentra íntimamente relacionada con el valor de la paciencia, del latín *patior*, que dimana del verbo griego *paskho*. Tradicionalmente, era la virtud que hacía soportable el dolor, relativa a las situaciones que desafiaban nuestros límites. Es paciente aquella persona que sabe sufrir, resistir y aguantar, que, por tanto, tiene confianza en sus posibilidades. La praxis deportiva puede ayudar a evitar los procesos psicosociales que facilitan la exclusión, como la

impulsividad irascible o la escasa tolerancia a la frustración. A menudo la falta de espíritu de sacrificio viene dada por la ausencia de confianza en nuestras propias posibilidades. Propugnamos la práctica del deporte para cultivar el valor de la confianza. No en balde, Henri Bergson afirmaba lo siguiente:

«Lo que más estimo de los deportes es la confianza en sí mismo que procuran al hombre que los cultiva».

El deporte bien entendido puede contribuir a mejorar el autoconcepto y la autovaloración personal. Pero esta confianza debe tener una base sólida, puesto que sin determinados presupuestos será estéril. La confianza consiste en observar tranquilamente nuestras posibilidades, en demostrarnos hasta dónde podemos llegar.

4.13. Cooperación

Cuando las personas combinamos nuestras actividades para conseguir un designio común, nos hallamos ante la cooperación. Se trata de una situación en la cual los objetivos de los participantes son interdependientes: cada persona depende de las demás para alcanzar sus objetivos. El deporte puede llegar a ser una empresa socialmente constructiva, una experiencia compartida basada en la asunción de una responsabilidad grupal. Los esfuerzos coordinados se convierten en un instrumento básico si queremos ganar. Los deportes colectivos nos brindan la posibilidad de formarnos en el valor de la cooperación. El origen del baloncesto en nuestras tierras fue en un ámbito escolar. Fue el pedagogo Eladi Homs quien lo descubrió durante un viaje por los Estados Unidos. Su idea era que el deporte de la canasta podía transmitir una serie de valores importantes para la formación cívica de los niños. Entre ellos el de la cooperación, el trabajo en equipo. Citando a Magic Johnson:

«No preguntes qué pueden hacer tus compañeros por ti, pregunta qué puedes hacer tú por tus compañeros».

Cabe apuntar que el ilustre jugador de Los Angeles Lakers se inspiró en las palabras de John F. Kennedy:

«No preguntes lo que tu país puede hacer por ti; pregunta lo que tú puedes hacer por tu país».

Otro deporte que ejemplifica muy bien el valor de la cooperación es el rugby. Incluso podríamos hablar de solidaridad, palabra que proviene de *solidus*. Ser solidario significa pertenecer a un conjunto *in solido*: en un cuerpo sólido todas las partes están relacionadas entre sí, de forma que todo lo que le sucede a una incide también en las demás. Podemos definir la solidaridad como una relación de fraternidad, hermandad y de recíproco sostenimiento, algo que liga a los diversos miembros de una comunidad en el sentimiento de pertenencia a un mismo grupo y en la conciencia de unos intereses comunes. Así, por ejemplo, en el rugby pocos jugadores tienen la pelota más de un minuto durante el partido; lo cual significa que su función más importante es la de apo-

yar a sus compañeros. Este deporte puede convertirse en una escuela de vida, puesto que nos enseña que solos no podemos lograr nuestros objetivos y que los afanes individualistas están condenados a fracasar. En el rugby, el sacrificio es fruto de un compromiso colectivo. Podemos decir que en este deporte el egoísmo y la prepotencia son pecados imperdonables. Jugando a rugby se aprende el valor de la personalidad comunitaria y del espíritu de equipo, la importancia de sentirse parte de un proyecto compartido. Por el contrario, y desgraciadamente, el fútbol –deporte rey en muchos países– nos ofrece demasiados ejemplos de individualismo y egocentrismo, muy en consonancia con una sociedad dominada por una mentalidad egoísta.

4.14. Justicia

El deporte promueve la justicia si entendemos esta virtud como la relación de las personas con un orden, una norma o una proporción. En muchos deportes estamos obligados a cumplir unas reglas basadas en el principio de igualdad. Nos referimos a la justicia entendida como paridad de derechos y deberes, lo cual ocurre cuando el deporte se estructura en función de unas condiciones que no hacen diferencias entre los jugadores. Mientras que la democracia propugna la igualdad de los ciudadanos ante la ley (al margen de su origen, religión, etnia o posición social), el deporte afirma la igualdad de cada jugador ante el reglamento. Los deportistas compiten en un plano de equidad, dejando de lado el estatus familiar, la extracción social o la condición étnica. Una de las grandezas del deporte es recordarnos que es más importante lo que nos une que lo que nos diferencia. En palabras de Simon:

«Cuando se practica respetando sus principios, el deporte no solo tiene valor significativo en sí mismo sino que puede ilustrar, expresar y, quizá, promover importantes valores que, si se reconocieran más ampliamente, promoverían un mejor y más justo orden social para todos».

Torres, C. R.; Campos, D. G. (comps.). *¿La pelota no dobla? Ensayos filosóficos en torno al fútbol* (pág. 186).

El buen deporte existe en aras de la justicia y la imparcialidad. El espíritu deportivo ordena no aprovecharse de una falta de equidad entre los adversarios. Es decir, se intentará que los contrincantes tengan la misma situación inicial y no salgan con ventaja, que todos sigan las mismas reglas y que estas sean igualmente aplicadas. Sin equidad, el deseo de victoria pierde su significado y la victoria su valor. Como decía Aristóteles, es justa aquella persona que actúa conforme a la ley y que respeta la igualdad. Pero también quiero añadir otro elemento muy relacionado con la justicia. La meritocracia deportiva radica en conceder a cada cual lo que se merece en concordancia con sus actuaciones. El deporte puede ayudarnos a cultivar el espíritu meritocrático, tan necesario en nuestra sociedad.

4.15. Autocontrol

Otro valor que podemos adquirir gracias al deporte es una forma activa de relacionarnos con nosotros mismos: el autocontrol, aquello que los griegos denominaron *enkrateia*. Dado que muchos de los deportes son conductas regladas, nos exigen hábitos de autorregulación y autodisciplina. Esto significa que el deporte puede ser empleado educativamente, como dice Dewey:

«El fin ideal de la educación es la creación del poder de autocontrol».

Dewey, J. *Experiencia y educación* (pág. 104).

Muchas veces una victoria sobre uno mismo tiene más valor que ganar a un rival. Es patente que la prueba deportiva genera circunstancias que ponen a prueba la personalidad del jugador. La aceptación de las reglas supone una actitud vitalmente tan importante como el autogobierno y la autodirección, nos permite conocernos y dominar nuestras emociones, pasiones y deseos. En este sentido, es necesario que los jugadores regulen racionalmente sus acciones, que sepan gestionar sus actitudes y comportamientos. Como dice Cagigal:

«El autocontrol es el primer gran principio de la convivencia humana. En el deporte este autocontrol se desarrolla en un ambiente eminentemente lúdico, lo cual le priva de la servidumbre ambiental de una opresión rígida, impuesta, implacable».

Cagigal, J. M. *Obras selectas* (vol. II, pág. 107).

Puesto que la praxis deportiva es una conducta reglada, puede ser un campo propicio para el hábito del autocontrol. Bien orientado, el deporte puede ser una formidable escuela de inteligencia emocional.

5. Reflexiones conclusivas

Exigimos al deporte que nos permita avanzar en las metas de desarrollo personal. Como hemos visto, puede convertirse en una potente fórmula educadora. También esperamos que contribuya a humanizarnos, puesto que consideramos que una sociedad verdaderamente deportiva es una sociedad civilizada. Vincular el deporte con la órbita axiológica no es ni un capricho ni una extravagancia personal. Acercar el mundo del deporte a la ética debe ser una exigencia para todo educador físico, entrenador o monitor. No pretendemos convertir el deporte en lo que no es ni tampoco queremos eludir una mirada crítica y realista a esta realidad tan poderosa de nuestro tiempo. Si la educación nos debe enseñar a ser, el deporte no puede renunciar a formar parte de nuestra formación permanente.

Desde los griegos sabemos que el deporte es una buena forma de aprendizaje vital, un medio para desarrollarnos física y moralmente. Debemos apostar por la dimensión humanista del deporte, que este sea capaz de movilizar nuestros recursos morales. Se trata de convertirlo en un espacio de aprendizaje axiológico, en una buena manera de prepararnos para el reto de vivir en una sociedad como la nuestra. Entendemos el deporte como un acto profundamente moral que nos libera y nos hace más humanos, que nos ayuda a vivir mejor. Más allá de la gloria competitiva de la cual ya nos hablaban los griegos, el deporte puede ser una buena manera de poner de relieve nuestras mejores posibilidades.

El educador deportivo tiene a su favor el hecho de que uno de los elementos más significativos de nuestro tiempo es el deporte. Por consiguiente, en su cometido formativo tendría que ser capaz de aprovechar su componente de encuentro social, respeto personal y convenio ético (Cagigal). Además, es factible ver en el deporte un buen referente moral. Existen deportistas que son modelos vitales con los cuales identificarse, protagonistas de conductas loables, personas admirables que han dignificado el deporte con sus actitudes y comportamientos. En la medida en que la educación es indisociable de la ejemplaridad y la imitación, todas estas personas contribuyen activamente a hacer del deporte una forma de enseñanza moral. Así, por ejemplo, grandes campeones como los atletas del *Black Power* –por ejemplo, Tommie Smith y John Carlos– nos han mostrado la cara más comprometida del deporte. Todos ellos son deportistas que no han sido ajenos a los problemas sociales, que han representado a quienes no podían tener voz propia. En su caso, apoyaron la lucha contra la segregación racial que sufrió la comunidad afroamericana en los EE. UU.

Podemos mencionar otros nombres de grandes deportistas que se han erigido en referentes morales. Un buen ejemplo de ello es el jugador de fútbol Sócrates y su club, el Corinthians. En plena dictadura brasileña (1964-1985), se convir-

tieron en estandartes de la lucha a favor de la democracia y los derechos humanos. Uno de sus mensajes decía lo siguiente: «*Ganhar ou perder, mas sempre com democracia*». Podemos recordar al tenista Arthur Ashe, alguien que siempre se comportó con respeto y dignidad, un deportista que expresó su deseo de ser recordado por su lucha contra el *apartheid* y el SIDA y no por sus éxitos tenísticos. A esta ilustre nómina podemos añadir varios nombres de deportistas más recientes convertidos en referentes para muchos hombres y mujeres, personas que han aprovechado su proyección social para transmitirnos un determinado mensaje sociopolítico. Por ejemplo, Guus Hiddink, que en 1992, cuando era entrenador del Valencia C. F., ordenó retirar una pancarta con simbología nazi exhibida en el campo de Mestalla. De este modo, este técnico neerlandés se convertía en el primer personaje público del deporte español que actuaba contra los símbolos totalitarios en los estadios deportivos.

Hacemos ética cuando reflexionamos sobre nuestra dimensión moral. Este pensamiento busca proporcionar ideas que iluminen nuestra praxis vital. Apuesto por una ética que salvaguarde los valores humanistas, que vindique el deporte como un ámbito que promueva el crecimiento moral. Es clave explorar la sustancia humanista de la praxis deportiva, esbozar un marco orientativo para la actuación educativa. Si bien este texto tiene una perspectiva teórica, no pretende ser un discurso meramente especulativo. Se trata de plantear unos principios rectores destinados a todos los que tienen la tarea de intervenir en los diversos medios educativos. Es así como podrán comportarse de una manera digna y responsable consigo mismos y con los otros. Se trata de dibujar un mapa conceptual que permita orientar el cometido formativo de unos padres, profesores, entrenadores y monitores que tienen una relevante exigencia moral. Pero estas pautas morales y pedagógicas no están pensadas únicamente para padres, educadores, entrenadores, monitores, alumnos y jugadores.

También queremos dibujar un marco formativo válido para todas las personas. Resulta indiscutible que tanto el aprendizaje como la enseñanza nos constituyen humanamente. Mientras seamos personas, permaneceremos aprendices en el oficio de vivir. Es importante recordar que el deporte por sí mismo no tiene suficiente fuerza educativa, que en todo momento deberemos orientarlo moralmente y pedagógicamente. Se discute sobre si la finalidad del deporte se encuentra en sí mismo. Creemos que el deporte se inscribe en una realidad más radical, amplia e importante que es la vida humana. El deporte tiene sentido dentro de una trayectoria biográfica vertebrada por valores como la dignidad, la justicia, la felicidad y la libertad. El deporte es una praxis que debe ser implementada a partir de unos parámetros axiológicos. Podremos asignarle un determinado valor educativo gracias a sus beneficios axiológicos. Su aplicación formativa debe efectuarse en condiciones muy particulares. No debemos olvidar que el deporte puede ser un vehículo de valores positivos y negativos. El deporte presenta una condición moralmente ambivalente.

Es harto importante someter el deporte a una interpretación crítica para extraer buenas conclusiones éticas y educativas. No podemos dejar que el deporte viva a su aire: el deporte es multiforme y algunas de sus facetas deben ser corregidas. La única manera de mejorar las cosas es detenernos y examinarlas, adoptando un distanciamiento que nos permita una perspectiva reflexiva. Creemos que no es necesario insistir mucho en el hecho de que teoría y praxis deberían interrelacionarse, que solamente actuaremos correctamente si partimos de un fundamento teórico. Nuestras acciones tienen sentido cuando nacen del pensamiento certero. Como dijo Ernst Bloch, el ejercicio físico sin ejercicio de la mente supone convertir al ser humano en carne de cañón. En todo momento tendremos que perfilar los criterios pedagógicos sin los cuales el deporte deja de ser una actividad formativa. Debemos vigilar que el deporte no tenga consecuencias deformadoras. El deporte es benéfico o perjudicial en función de la finalidad buscada, su aportación educativa depende del sentido y del valor que le queramos conferir. Cito a José María Cagigal:

«El deporte no es una panacea pedagógica, pero es un instrumento válido en manos de un buen educador; es una conducta humana rica y llena de plasticidad; y este tipo de conductas constituyen un campo fértil para la construcción educativa».

Cagigal, J. M. *Deporte: espectáculo y acción* (pág. 55).

Depende de todos nosotros que el deporte sea un catalizador de recursos éticos y formativos. Los deportes, cada uno a su manera, nos permiten desarrollarnos como personas, convertirnos en mejores ciudadanos y profesionales.

La praxis deportiva es una experiencia potencialmente ética. Somos del parecer que no hay educación sin filosofía y que cualquier acción pedagógica siempre está impulsada por la voluntad de humanizar la vida. Todos aquellos que se consagran a la educación están convencidos de que es posible mejorar nuestra sociedad. Pues bien, creemos que nos costaría imaginar una sociedad diferente y mejor sin el deporte. Precisamente por eso, tiene sentido encontrar de qué manera el deporte puede dar valor a nuestras vidas. La vida deportiva debería nutrir un proyecto sociocultural superior. Si es verdad que la filosofía y la educación nos enseñan a vivir bien, también deben ocuparse del deporte. Si el oficio de vivir consiste fundamentalmente en un aprendizaje ético, el deporte nos puede ser de mucho provecho. No dejaremos de creer que el deporte puede contribuir a construir un mundo mejor.

Nos hemos planteado qué podíamos aprender sobre la vida moral a partir del deporte. Por este motivo hemos querido darle un sentido ético y formativo. Partimos del principio de que la actividad deportiva es una fuente inagotable de enriquecimiento axiológico. Todos quienes han convertido el deporte en un compañero de viaje lo pueden confirmar con sus vidas. Hemos propugnado una concepción humanista del deporte que puede ayudar al desempeño personal, a nuestra formación integral. Tenemos la convicción de que la mentalidad deportiva se encuentra en perfecta sintonía con los valores humanistas

que aquí presentamos. Creemos que el deporte solo conservará su verdadero sentido —contribuyendo a una sociedad más cívica, justa y emancipada— si preservamos sus vínculos con la ética y la pedagogía.

De hecho, no podemos dejar de mentar unas palabras de Albert Camus:

«Lo que finalmente sé con mayor certeza respecto a la moral y a las obligaciones de los hombres, se lo debo al fútbol».

Nadie puede poner en entredicho el compromiso existencial de este escritor, la implicación ética de este pensador muerto en 1960. Puede ser que alguien piense que estas palabras son una *boutade* o una exageración. Nosotros pensamos todo lo contrario; consideramos que es una frase magnífica que muestra una idea del todo imprescindible para captar el espíritu de este texto. Camus reconoce que el fútbol representó un gran aprendizaje en su vida y le inspiró una determinada sabiduría sobre la moral y el comportamiento humano. En este caso concreto, el escritor y ensayista francés nos habla del fútbol, pero su frase puede hacerse extensiva a otros muchos deportes. Él practicó el fútbol en el Racing Universitario de Argel durante sus años de juventud y, por lo tanto, era el deporte que mejor conocía. En un campo de fútbol pudo vivir un espíritu noble de lucha, amistad, lealtad, esfuerzo, felicidad o respeto. En palabras de Solar:

«Camus, como otros quizás, aprendió en el deporte a conocer las reacciones de sus semejantes en situaciones límite, o las propias. A aplicar la solidaridad, a valorar al compañero y sus virtudes, a obviar sus carencias de forma útil para el conjunto, a aprovechar las propias cualidades, a aceptar los resultados de los propios actos, a programar en función de los mismos, en fin... a vivir».

Solar, L.V. *El deporte. El Gigante Virtual* (pág. 110).

Es muy posible que, también gracias al deporte, aprendiera que en el ser humano existen más cosas dignas de admiración que de desprecio.

Es de esperar que todas las personas descubran la grandeza humanista de la praxis deportiva. No dejaremos de creer que el deporte atesora una profunda valía educativa; que practicamos deporte para divertirnos, pero también para ser mejores. Somos del parecer que el *ethos* deportivo es muy importante para avanzar en nuestro proyecto vital. El deporte reactiva nuestras energías espirituales y nos permite ser más humildes, respetuosos y generosos, también más disciplinados y valientes, más tenaces y fuertes. Además, nos enseña que no es necesario ganar títulos para sentirnos orgullosos de nuestras actuaciones. El deporte es una dimensión irrenunciable de la vida humana, el *homo deportivus* debe seguir latiendo en nuestro interior. Nos hace generosos en la derrota y condescendientes en la victoria; nos puede enseñar que el éxito es efímero y que el fracaso exige una alternativa: levantarse nuevamente y seguir luchando. Queremos legitimar el deporte como una práctica socialmente enriquecedora,

como un ámbito de realización antropológica y educativa. Si el humanismo nos enseña a valorar al ser humano, el deporte nos podrá acompañar en esta aventura inacabable y apasionante.

Actividad

3. Analiza y comenta este artículo escrito por la filósofa Adela Cortina:

«Deporte y juego sucio»

El deporte es un fenómeno, propio de todas las épocas y culturas, que con el tiempo no hace sino ganar en implantación social. Es tema recurrente en los medios de comunicación y en las redes, los estadios y las canchas se llenan, con crisis y sin ella, sobre todo en el caso de deportes estelares como el fútbol, y los países compiten a sangre y fuego por atraer juegos olímpicos y campeonatos.

¿Cuál es la clave del éxito? Los críticos repiten hasta el aburrimiento que es un instrumento del que se sirven los poderes fácticos para desviar la atención del público, desde el “pan y circo” de los emperadores romanos, pasando por el castizo “pan y toros”, hasta llegar al pan de nuestros días que se rellena con todo tipo de mezclas. Sin embargo, las cosas no son tan simples, porque cuando una presunta manipulación tiene éxito es porque de algún modo viene a satisfacer aspiraciones que pueden ser legítimas o espurias. En discernir entre unas y otras nos jugamos mucho, y nunca mejor dicho.

Convertir el deporte en un negocio, en mercancía pura y dura, gestionada además del peor modo, es cosa de aspiraciones espurias y, por tanto, inadmisibles. Sin duda, hace falta también gestión económica para apoyar el trabajo de jugadores y entrenadores en un mundo tan complejo. Pero esa gestión tiene que seguir las normas del juego limpio y transparente, sin componendas, como tiene que hacerse sin más en el mundo económico en su conjunto. No es de recibo que en el campo se exija el *fair play*, que se castigue a los jugadores con tarjetas amarillas o rojas y, entre bambalinas, en la trastienda, reine el peor de los juegos sucios.

Es lo que ocurre con la compraventa de jugadores que alcanza precios astronómicos, con los traspasos opacos, la administración desleal, el dudoso negocio de construir nuevos estadios y vender —o intentar vender— los antiguos, abriendo agujeros económicos sin fondo, a través de operaciones complejas y confusas. Y, por si faltara poco, cuando la mala gestión de todo este trasiego de jugadores, terrenos y construcciones lleva a los clubs a endeudarse hasta las cejas, se recurre para saldar la deuda al dinero público, apelando al sentido patriótico de la ciudadanía.

Que el deporte entusiasme a jóvenes y adultos no es razón suficiente para inmunizarlo frente a las exigencias de justicia. Menos aún cuando es una actividad que cobra su sentido de perseguir metas situadas en las antípodas de la pura ganancia económica y del juego sucio. Y aquí empiezan las aspiraciones legítimas.

Disfrutar del buen juego, como participante o como espectador, vale la pena por sí mismo. Como vale la pena intentar superarse física y mentalmente, tratar de batir los propios récords, aprender a triunfar sin engreimiento, saber asumir la derrota justa, trabajar en equipo con inteligencia respetando al adversario. Al fin y al cabo, eso es lo que significa tomar la vida con un sentido deportivo: entrenarse día a día para alcanzar metas, saber ganar y saber perder con elegancia cuando la derrota es justa, respetar las reglas libremente asumidas, no aceptar chantajes ni sobornos, reclamar derechos y asumir responsabilidades. No en vano se viene defendiendo desde antiguo el valor educativo del deporte.

En este sentido ha nacido un nuevo saber, la ética del deporte, que se enfrenta a temas de tanta envergadura como los siguientes: en qué medida el deporte es una actividad competitiva, que educa para derrotar adversarios en la lucha por la vida, o más bien un quehacer cooperativo, un trabajo en equipo, en el que el adversario ayuda a sacar lo mejor de cada uno, y debería incluirse en cualquier currículum escolar solidario; si el dopaje debería estar prohibido, porque quiebra la igualdad de oportunidades, o si, por

el contrario, es la naturaleza la que hace a las personas desiguales y los fármacos tienen un efecto igualador; si los deportistas deberían intentar ser ejemplares en los aspectos importantes de la vida porque, lo quieran o no, son personajes públicos a los que los jóvenes imitan; si es de recibo un fenómeno que genera a menudo esos hinchas violentos, esos *hooligans*, que en román paladino son gamberros salvajes y delincuentes; si no ha habido una ancestral discriminación entre mujeres y varones a cuento del deporte. Y, sobre todo, si no se está corrompiendo al utilizarlo para ganar votos y dinero, con el consentimiento del público.

Una actividad social como el deporte cobra sentido al perseguir metas que le son propias y, para lograrlo, necesita también medios, como el dinero, pero cuando los medios suplantán a los fines, se corrompe y empieza a oler mal. Algo muy alejado de lo que soñó, entre otros, el Barón de Coubertin al recrear en 1894 el espíritu de los Juegos Olímpicos, que, con sus luces y sus sombras, con el inevitable paréntesis de las dos Guerras Mundiales, han venido celebrándose cada cuatro años con el empeño decidido de fortalecer la convivencia y la paz entre las naciones».

Cortina, Adela (2014, 1 de febrero). *El País*.

Bibliografía

Bazaco, María Jesús [et al.] (1999). *Olimpismo y fair play: Selección de ponencias y comunicaciones presentadas en las ediciones del Seminario sobre Fair Play en el Deporte Escolar, celebradas en Murcia en 1997 y 1998*. Murcia: Ayuntamiento de Murcia: Concejalía de Juventud y Deportes.

Bauman, Zygmunt (2007). *Los retos de la educación en la modernidad líquida*. Barcelona: Gedisa.

Betancor, Miguel Ángel; Vilanou, Conrad (1995). *La historia de la educación física y el deporte a través de los textos*. Barcelona: ULPGC/PPU.

Bolòs, Oriol de; Vilanou, Conrad (2004). «Joventut, esport i religió: el moviment Muscular Christianity». *Educació i Història. Revista d'Història de l'Educació* [S. l.], núm. 7, págs. 63-92.

Bouet, M. (1995). *Signification du sport*. Paris: Éditions L'harmattan. 1995.

Cagigal, José María (1957). *Hombres y deporte*. Madrid: Taurus.

Cagigal, José María (1966). *Deporte, pedagogía y humanismo*. Madrid: Publicaciones del Comité Olímpico Español.

Cagigal, José María (1972). *Deporte, pulso de nuestro tiempo*. Madrid: Editora Nacional.

Cagigal, José María (1975). *El deporte en la sociedad actual*. Madrid: Editorial Prensa Española: Editorial Magisterio Español.

Cagigal, José María (1981). *¡Oh deporte! (Anatomía de un gigante)*. Madrid: Miñón.

Cagigal, José María (1985). *Deporte: espectáculo y acción*. Barcelona: Salvat Editores.

Cagigal, José María (1996). *Obras selectas*. Madrid: Comité Olímpico Español: Ente de Promoción Deportiva José María Cagigal: Asociación Española de Deportes para Todos (3 vols.).

Cappa, A.-Cappa, M. (2016). *También nos roban el fútbol*. Madrid: Akal.

Comte-Sponville, A. (2005). *Pequeño tratado de las grandes virtudes*. Barcelona, Paidós.

Comte-Sponville, A. *El alma del ateísmo. Introducción a una espiritualidad sin Dios*.

Cortina, A. (2008). *Ética de la empresa*. Madrid: Trotta.

Cortina, A. (2013). *¿Para qué sirve realmente...? La ética*. Barcelona: Paidós.

Coubertin, Pierre de (2004). *Lliçons de pedagogia esportiva*. Vic: Eumo.

Coubertin, Pierre de (1973). *Ideario olímpico: discursos y ensayos*. Madrid: Instituto Nacional de Educación Física.

Crexells, Joan (1925, 27 de febrero). «L'element moral en l'esport». En: *La Publicitat*. Barcelona.

Duch, Lluís; Mèlich, Joan Carles (2003). *Ambigüitats de l'amor: antropologia de la vida quotidiana, 2.2*. Barcelona: Publicacions de l'Abadia de Montserrat.

Fullat, O. (2003). *Las finalidades educativas en tiempo de crisis*. Barcelona: Hogar del Libro.

E. Gil Calvo, *Máscaras masculinas. Héroes, patriarcas y monstruos*. Barcelona: Anagrama.

González, Fran (2001). *Educación en el deporte: educación en valores desde la educación física y la animación deportiva*. Madrid: Editorial CCS.

Gutiérrez, Melchor (1995). *Valores sociales y deporte: La actividad física y el deporte como transmisores de valores sociales y personales*. Madrid: Gymnos.

Gutiérrez, Melchor (2003). *Manual sobre valores en la educación física y el deporte*. Barcelona: Paidós.

Jaeger, Werner (1990). *Paideia: Los ideales de la cultura griega*. Madrid: Fondo de Cultura Económica de España.

- Huizinga, Johan** (2000). *Homo ludens*. Madrid: Alianza.
- Locke, John** (1991). *Pensaments sobre l'educació*. Vic: Eumo.
- López Frías, F.J.** (2014). *La filosofía del deporte actual. Paradigmas y corrientes principales*. Roma: Laboratorio di Pedagogia generale, Università degli Studi di Roma "Foro Italico".
- Marina, José Antonio** (1998). *Reflexiones: deporte y educación*. [S. l.]: FAD. Folletos y Separatas.
- Mercé, Andreu** (1992). *Pierre de Coubertin*. Barcelona: Península.
- Nagel** (2014). *Quin sentit té tot plegat? Brevíssima introducció a la filosofia*, Santa Coloma de Queralt: Obrador Edèndum.
- Quintana, José María** (1998). *Pedagogía axiológica: la educación ante los valores*. Madrid: Dykinson.
- Reboul, Olivier** (1992). *Los valores de la educación*. Barcelona: Idea Books.
- Salvador, José Luis** (2004). *El deporte en Occidente: historia, cultura y política*. Madrid: Cátedra.
- Schiller, Friedrich** (1990). *Kallias: cartas sobre la educación estética del hombre*. Barcelona: Anthropos.
- Solar, Luis V.** (2007). *Deporte: el gigante virtual*. Bilbao: Universidad del País Vasco, Centro de Estudios Olímpicos.
- Torrallba, F.** (1998). *Antropología del cuidar*. Barcelona: Institut Borja de Bioètica, Fundació Mapfre Medicina.
- Torrallba, F.** (2001). *Cent valors per viure*. Lleida: Pagès Editors.
- Torrallba, F.** (2007). *L'esforç*. Lleida: Pagès Editors.
- Torrallba, F.** (2008). *L'alegria*. Lleida: Pagès Editors.
- Torrallba, F.** (2009). *La seducció*. Lleida: Pagès Editors.
- Torrallba, F.** (2009). *La confiança*. Lleida: Pagès Editors.
- Torres, C.R.; Campos, D.G.** (comps.) (2006). *¿La pelota no dobla? Ensayos filosóficos en torno al fútbol*. Buenos Aires: Libros del Zorzal.
- Turró, G.** (2013). *El valor de superarse*. Barcelona: Proteus.
- Turró, G.** (2016). *Ética del deporte*. Barcelona: Herder.
- Verdú, V.** (1991). *El éxito y el fracaso: El sentido de la vida*. Madrid: Temas de Hoy.